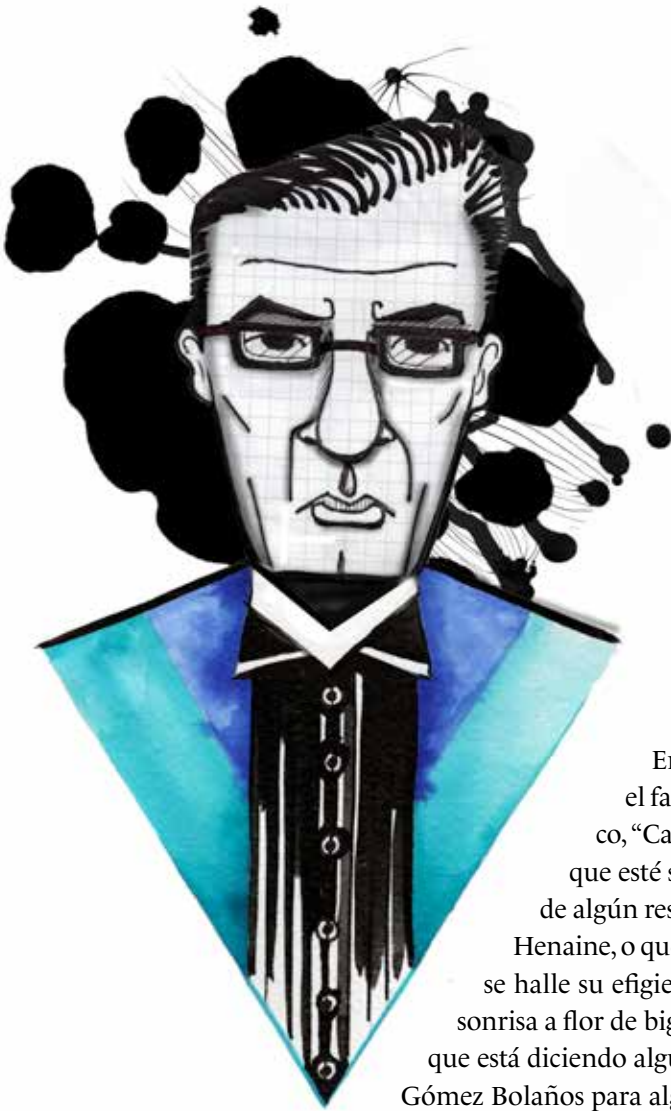


Tarde o temprano,
el tiempo todo
lo acomoda



Ilustraciones: Beatriz C. de Velasco

Jesús Vicente García



*Nada se vive antes ni después.
No hay conjugación en la existencia
más que el tiempo presente.*

JOSÉ EMILIO PACHECO

I

En el pueblo de Chignahuapan, Puebla, nació el famoso comediante, rey del humorismo blanco, “Capulina”, lo cual se nota hasta en la sopa, sea que esté su caricatura de fondo de agua en un menú de algún restaurante, sea que un hotel lleve su nombre, Henaine, o que en la orilla de la plaza, frente a los portales, se halle su efigie, de más de dos metros, color sepia, con su sonrisa a flor de bigote y los brazos en jarras, y uno se imagina que está diciendo alguno de los diálogos que le escribió Roberto Gómez Bolaños para alguna de sus películas.

En este lugar, además de ser el centro de producción de esferas y tener muchos atractivos, también nació la maestra Lilia Márquez Balderas, la casi anónima trabajadora del Colegio de Bachilleres que llevó a más de mil quinientos escritores a sus veinte planteles, y que le regaló gran parte de su vida, quizá la más productiva, la más enriquecedora en el ambiente académico cultural.

En los años cuarenta y cincuenta, precisamente en esa plaza, donde hay un quiosco muy coloreado y una fuente en el centro, Lilia jugaba, y al salir de la escuela corría para ver el tren de la una de la tarde, ese monstruo de vapor que le impactó desde la primera vez que lo vio. Era, como dice la española Blanca Martínez (quien realizó una biografía de la maestra), “un tiempo en que los arrieros llegaban al pueblo en sus mulas llevando sus mercaderías. Pero llegaban despacio y el futuro les alcanzaba en forma de máquinas monstruosas. Máquinas impensables que lanzaban humo y vapor. Dragones legendarios y negros que arrastraban vagones tras de sí”. Fue tanto el impacto de la primera vez que lo vio, que se quedó tartamuda. “Pasaban los meses y la niña no se curaba. Al fin, la mamá, doña Rafaela Balderas, se decidió a seguir el consejo de una amiga y le puso en la lengua la llave del Sagrario.” Con eso se curó. La maestra, desde su juventud, no creía en esas cosas, pero los remedios son así, eficaces, costumbres de un pueblo al que ahora, al entrar en él, se puede ver la leyenda: Chignahuapan, pueblo mágico. Como la palabra y la charla de la maestra.

II

¿Cómo se gana uno ser nombrado orgullo de su aldea? ¿En qué momento se es universal o se adquiere el nombre de hijo predilecto de? El tiempo todo lo acomoda y hablar del tiempo es un eterno cuestionamiento. Por ejemplo, “Capulina” fue quizás el primer chignahuapense en salir en la TV y hacerse famoso en los medios de comunicación. El papá de la maestra Lilia, Inocencio Márquez, era el dueño de la zapatería de Chignahuapan y el primero en llevar al pueblo una máquina para coser la suela de los zapatos. Y a nadie le interesó. La historia no registra estas cosas, sino lo espectacular, lo que hace mucho ruido, aunque no sea significativo ni funcional. Es el caso de la maestra Lilia, que aportó mucho a la vida académica y literaria para los jóvenes, de lo cual surge un primer enigma de esta historia: ¿en dónde quedó todo el material literario que tenía Lilia tanto en su casa como en su pequeña oficina del Colegio de Bachilleres? Tenía más de mil ejemplares. Si se le compara con otras bibliotecas personales, la cantidad es mínima. No obstante, cada libro que la maestra tenía era un esfuerzo, una historia que contar, entre otras cosas porque gran parte estaba firmada y dedicada a ella, a causa del desfile de autores que pasaron por esa institución y con quienes departió una comida o una cena en algún Vips o Sanborns, sus lugares favoritos; cada libro era un esfuerzo para conseguir que aceptaran acudir a dar una charla, ya que no se les pagaba. Algo mágico tenía que hacer Lilia.

Y en ese intercambio de palabras cabe la otra pregunta: ¿dónde quedó ese acervo que no sólo tenía libros sino —como bien apunta Juan Villeda Hidalgo en *Proceso* número 1786— “algún poema inédito, un dibujo, un comentario que el conferencista en turno estampaba en una libreta que la maestra dispuso para ese particular fin; no sabemos qué destino tendrá”, además de folletos, invitaciones y cartas escritas para ella?

III

¿Dónde están las cartas?

El 8 de diciembre de 1994, el ciclo de conferencias que organizaba Lilia llegó a su cúspide con un poeta de altos vuelos: José Emilio Pacheco acudió al plantel

3 Iztacalco, a dar la charla número cien, a la que se le tituló “Poesía y poética de fin de siglo”, y al acto se le denominó *Cien, por cierto*.

Este 2014 se cumplen veinte años de aquel acontecimiento. Las palabras no se las llevó el viento. Por esa época hubo un suceso que a la maestra la marcó mucho, además de la muerte de su madre: el enojo de José Emilio Pacheco. A cada lugar al que iba el poeta, ella lo seguía, era quizá la más grande admiradora que tenía Pacheco, al menos que yo haya conocido, llegaba a niveles que ahora le pueden llamar de “fan”, porque sabemos que un fan ama más al objeto de su admiración que a sí mismo. En una de las charlas que dio el maestro, me parece que en el Colegio Nacional, la maestra acudió con sus alumnos de secundaria y del sistema abierto del Bachilleres. Los primeros memorizaron un poema de Pacheco y solían leérselo al final de su ponencia y le escribían algún pensamiento. Sólo que uno de ellos escribió mal algo, no recuerdo si el nombre, no recuerdo si algo dijo mal, al grado que JEP se enfureció y aventó el papel pensando que se estaban burlando de él y le dijo a Márquez, ¿qué es esto, Lilia? Ella quiso solucionar el mal momento, ya era tarde, duraron bastante tiempo así las cosas. A pesar de eso, Lilia me decía que el mejor poeta y el mayor intelectual del país era José Emilio. Su admiración no conocía límites. Guardaba todo lo que publicaba, lo que decían de él. Lilia solía enviarle revistas o periódicos hasta Maryland y él le respondía con alguna breve carta; en alguna ocasión él le pagó cien dólares por los gastos que ella hizo, y en lugar de usarlos, los guardó como un trofeo.

En noviembre de 2010, me mostró una carta del poeta en que le agradecía lo que le había enviado. La había encontrado hasta abajo de una caja de libros que le llevaron de su departamento de Pantitlán al de la Unidad Vista Hermosa, donde falleció. Entre su recámara y el baño, Lilia puso su escritorio y me dijo que ahí le dedicaba su tiempo para escribir a mano unas memorias, rodeada de fotos de su mamá y de familiares, que eran pocos, y de JEP, claro, junto con el breve epistolario.

El 13 de enero de 2011, Lilia Márquez falleció. Entre algunos de los allegados y familiares se discutió qué harían con todo ese material literario. Como antecedente, hay que señalar que en el 2008, la maestra

dirigió un oficio a Bachilleres donde ofreció donar su acervo, pero el donativo no se concretó. Las razones las desconozco. La duda ahora es ¿en dónde quedaron los libros, las cartas y las memorias? En 2011, Juan Villeda escribió: “Sus sobrinos y un grupo de amigos platicamos el día del funeral sobre las siguientes opciones: ofrecer lo mencionado en donación a la UNAM, a una biblioteca pública o a alguna casa de cultura delegacional; o bien, trasladar el acervo al lugar de origen de la maestra para establecer una sala de lectura pública que lleve su nombre”, es decir, en Chignahuapan.

IV

La plaza y el tiempo

Su funeral se dio en la capilla 5 del ISSSTE, en Miguel Schultz, colonia San Rafael. A un lado de su féretro había algo que parecía la Biblia. Era un libro de José Emilio Pacheco, *Tarde o temprano* (poemas 1958-2000), la edición que hizo Ana Clavel para el FCE. Cada uno de los presentes leímos un poema de Pacheco (quien a la muerte de la maestra le dedicó su “Inventario” de la revista *Proceso*). No ha habido nadie que estuviera tan enamorada de su obra. Después, sus cenizas las llevaron a Chignahuapan, en donde, a la fecha, ni es hija pródiga ni es el orgullo del pueblo, ni se le menciona entre las personas que han sobresalido, es tan anónima como el autor de esta crónica en un antro de la Condesa.

Basilio y yo caminamos entre la plaza de Chignahuapan. Nos comemos unas cemas en una fonda pequeña. Vemos a los jóvenes con uniforme de secundaria que se citan en la plaza. La policía y los militares vigilan las calles.

—Este año se cumplen veinte años de la conferencia cien en Bachilleres, debería de estar orgullosa esa institución —me dice Basilio, pero no sé si en serio o ironiza. Sólo digo que sí. Y nos aventuramos a caminar por el pueblo para encontrar si hay alguna

biblioteca Lilia Márquez, escuela o librería. Pasamos cerca de la estatua de “Capulina” y nos tomamos un *selfie*. Y pienso que tarde o temprano se le tiene que hacer justicia a la maestra. El mundo tiene que leer ese epistolario significativo; tarde o temprano, ya que ese fue el tema en toda la poesía de JEP, el tiempo, y el tiempo acomoda las cosas. Pienso en qué hubiera sucedido si hubiese muerto primero el poeta. Capaz que se infarta la maestra, no lo habría soportado. Al rodear la plaza para tomar una lateral de la iglesia, me imagino que a la vuelta, en Abasolo, me encontraré la Biblioteca Lilia Márquez Balderas, con su foto en todo lo alto y el acervo con cartas y poemas anónimos, dedicatorias a mano de cientos de escritores para gozo de los lectores de los venideros siglos que, en silencio, se regodearán leyendo ese material que se antoja mágico, porque en el anonimato no sirve para nada; necesita estar presente en el tiempo. **▲▲**

